

SALVADOR PÁNIKER

Adiós a casi todo



Adiós a casi todo es, por el momento, la última entrega de los diarios de Salvador Pániker y prosigue la serie iniciada por Cuaderno amarillo, Variaciones 95, Diario de otoño y Diario del anciano averiado. El quinto de los dietarios de Salvador Pániker abarca los años que van del 2004 al 2010 y, como en volúmenes anteriores, en él da cuenta de su vida más íntima, de la realidad del momento social y de su pensamiento filosófico. Con su sabiduría elegante, estos textos no esquivan esa devastación llamada vejez, con sus preguntas y, si cabe, algunas respuestas. En las páginas de los diarios de Paniker, el lector encontrará una paideia cada vez más elaborada, una propuesta «musical» para afrontar la parte final de la vida y para hacer más llevadera la convivencia con el sufrimiento, otra de las preocupaciones más acuciantes del Pániker maduro.

A mi madre, que también escribió un diario. Por
si acaso.

NOTA PRELIMINAR

Ahí va la quinta entrega de mis diarios a partir de *Cuaderno amarillo*. El último volumen publicado —*Diario del anciano averiado*— terminaba con una relación sentimental inacabada. En el presente libro arranco de ahí, se mantienen los personajes habituales de mi entorno y continúa, hélas, el progresivo deterioro de mi salud. Ignoro si éste va a ser el último diario que publico. En el momento de entregar estas líneas a la imprenta mi edad es muy avanzada. Así que ya veremos. O no veremos.

SALVADOR PÁNIKER

2005

1 de enero

Noticia de Bea desde Alicante: su lenguaje maduro, su mente rápida, su musicalidad, su credibilidad, esa historia inconclusa. Mis débiles proyectos. Mis problemas de artrosis y garganta. Mi apetito de religión experimental. Esta noche pasada, en la cama, mientras no podía conciliar el sueño, recordando otras épocas, he ensayado una «conversación» con el S/N —a la manera de santa Teresa—, ese S/N infinito y no-todopoderoso —es decir, trascendente e inmanente— que es el único dios/diosa que me concierne, único compatible con el escándalo del mal y la realidad del azar. Agobiado por la pesadilla de mis achaques le he preguntado al S/N qué quería de mí, cuál era el mensaje, cuál el sentido de mis dolencias, y he recordado, comparativamente, la descomunal tragedia del sudeste asiático, sus más de doscientos mil muertos, sus millones de personas desplazadas. Lo mío era tan minúsculo. Sólo que era *lo mío*. Y no recuerdo muy bien qué me ha respondido el S/N. Aparentemente, nada. Y sin embargo, subsiste en

mí el reflejo arcaico/infantil de darle algún sentido al sufrimiento. Es tan triste la inutilidad del mal.

Nota. A veces le llamo S/N (sin nombre), a veces dios-cómplice, a veces nada. Como a menudo lo he explicado, pienso que cada cual tiene derecho a inventar su propio dios y a diseñar su propia gnosis. Al fin y al cabo, el dios que adoran las religiones monoteístas de Occidente es, en buena medida, un personaje literario: el invento de un escritor casi blasfemo —escritora, según Harold Bloom— llamado el Yahvista (J), que redactó los capítulos bíblicos que hoy conocemos como *Génesis*, *Éxodo* y *Números*: un dios celoso, neurótico y vengativo, cuya imagen trataron de dulcificar los redactores posteriores. Ya digo: un personaje literario. Lo cual tampoco es excepcional. Los genuinos «textos sagrados» de nuestra tradición son, desde hace siglos, los de los grandes autores. Platón y Aristóteles, Dante y Shakespeare, pongo por caso. Pero también Victoria, Bach, Haendel, Beethoven. Y Giotto, Fra Angelico, Velázquez. Y Arquímedes, Euclides, Pascal, Newton, Darwin, Einstein, Heisenberg. Y Paul Celan y Béla Bartók. Todos ellos son autores sagrados y, a veces, también canónicos. Los *Elementos de geometría* de Euclides se estudiaron durante más de mil años. La física cuántica es un monumento no menos inspirado que la Biblia. Ni menos ambiguo. Pues bien, como he dicho, uno reclama el derecho a inspirarse en todas partes, y a diseñar su propio canon, su propia religión, su propio mito, su identidad híbrida. A hacerlo desde una cierta base empírica (la vida cotidiana de cada uno). Al fin y al cabo todas las religiones primitivas tenían una base empírica. Quienes adoraban al dios Sol adoraban a un dios verdadero.

Sobre el tema del azar, la cuestión crucial podría plantearse así: ¿es el azar una expresión de la ignorancia humana o pertenece a la misma naturaleza? Cualquier teología

depende de la respuesta que se dé a esa pregunta. Algunos estiman que la física cuántica ya dio una respuesta. Personalmente, tiendo a pensar que azar y trascendencia no son incompatibles.

2 de enero

Entrevistan a Martín de Riquer por la radio. ¿Qué escribe usted ahora, maestro?, y Riquer responde: «No escribo nada, tengo noventa años y he dejado de escribir, hoy sólo leo».

Yo también, a ratos, leo. Leo a Rilke: «No puedo dormir sin la ventana abierta» (*Los cuadernos de Malte Lauridís Briggge*). Rilke explica que los tranvías ruedan estrepitosamente a través de su habitación, que los autos pasan por encima de él, que en algún lugar cae un vidrio chasqueando, y que se oye la risa de los grandes trozos de cristal. Leo a Baudelaire: «Voilà que j'ai touché l'automne des idées». Leo a Rimbaud, su célebre comienzo, «Jadis, si je me souviens bien, ma vie était un festin...». Típico: un adolescente hablando de «jadis». Y enseguida descubro que no aguantó altas dosis de poesía. Ni altas dosis de nada.

Leo/releo *El Quijote*, de cuya primera parte se cumplen estos días cuatrocientos años, y que me sigue pareciendo un libro desigual, a ratos agobiante, a ratos fascinante. Se conoce que aquellos lectores del XVII tenían tiempo sobrante y paciencia larga. En aquella época, según parece, no había luz eléctrica, ni periódicos, ni televisión, ni automóviles, ni agendas de negocios. ¿Y qué decir de aquella Weltschauung tan castellana? Cervantes la recoge y a veces se le agrieta. Cervantes, precavido frente a la Inquisición, se escuda en la «locura» de su protagonista para expresar ideas digamos «erasmistas». Hay en *El Quijote* momentos de mucha amenidad. El enorme encanto de un lenguaje

despreocupado. Ejemplo de espontaneidad narrativa: cuando comienza a describir el final de su héroe, Cervantes escribe que Don Quijote, entre lágrimas de los allí presentes, «dio su espíritu, quiero decir que se murió». Espontaneidad, casi desfachatez, lenguaje a menudo torrencial y rebosante de ingenio. Ingenio popular de la época. Y con todo, un libro triste. Como triste fue la vida de su autor.

Nota. Unamuno veía a Don Quijote como una especie de Cristo, y al quijotismo como la genuina religión española. Y uno piensa que tampoco conviene excederse en interpretaciones simbólicas. Es posible que Cervantes no se propusiera otra cosa que escribir una divertida sátira. Los autores de obras geniales no suelen ser muy conscientes de lo que han compuesto. Sea como fuere, *El Quijote* es, como digo, un libro triste. Un libro hondo, cruel y a veces tosco.

3 de enero

Siguen las flemas y la carraspera. Paseo por la casa sin dejar de aclararme la garganta con una especie de sudor frío. Bajo a la cocina para cambiar de perspectiva. Abro una lata de paté y preparo unas tostadas. Escucho la radio mientras doy cuenta del pisolabis. Hablan del Plan Ibarretxe. Mejor. Ahora, 23.45 de la noche, tal vez vea la tele o siga aquí, anotando insignificancias. Procuraré quejarme poco. Aunque nunca sé qué hacer con el sufrimiento. No consigo diluirlo en una sabiduría superior. Cuando yo era adolescente —y desconocía las técnicas orientales— prevalecían las respuestas tradicionales, cuyas secuelas todavía, a veces, afloran. Como la otra noche, insomne, encima de la cama. Ya lo conté. Deseaba que hubiera un interlocutor para todas las estaciones. Deseaba, deseo, no estar solo. Deseaba una re-

ligión *experimentable*. Entoné una protesta, una especie de salmo: «Eh, tú, di algo».

5 de enero

Me entrevistan para Catalunya Ràdio, tema maremoto del sudeste asiático. La OMS alerta del riesgo inminente de epidemias. La ONU informa de que la catástrofe ha dejado dos millones de personas hambrientas, y otras tantas sin techo. Desesperación ante la falta de agua y de comida. Nadie explica qué hicieron de malo esos millones de personas para ser castigadas tan salvajemente. La perplejidad frente a epidemias y catástrofes arranca de antiguo. La peste negra medieval hizo morir a la mitad de la población europea en muy poco tiempo. La llamada gripe española mató a más gente que la Primera Guerra Mundial. Conocemos el mosaico de explicaciones fantasiosas que el aterrado animal humano se ha ido dando a lo largo de su historia. Afortunadamente, el ritmo y el riesgo de esas catástrofes va disminuyendo y la ciencia las explica —y a veces las combate— con progresiva eficacia. Y la sensibilidad de las gentes cobra otro cariz. Y uno tiene hoy la impresión de que la ayuda internacional se está movilizando más aprisa que en anteriores ocasiones. Les hablo (a los de la radio) del concepto, más ontológico que sentimental, de solidaridad. Ya advirtió Maslow que la solidaridad con los demás no es un deber moral sino un síntoma de buena salud. En este contexto me refiero a la cultura budista de la zona y al concepto de *karuna* (compasión). También preveo que dentro de poco, en cuanto los medios de comunicación dejen de enfocar los escombros, el público mirará hacia otra parte.

7 de enero

Llama Bea desde el hospital de Alicante. Le explico lo mal que lo estoy pasando por causa de mi averiada garganta. «Creo —dice ella— que deberían darte inhaladores con corticoides; al fin y al cabo, tienes una laringitis, y eso te reduciría la inflamación». Cobra Bea una curiosa consistencia cuando aflora su profesión de médica. De médica cirujana. Son las tres de la tarde, le pregunto si ha comido. Me dice:

—Sí, he comido. Te he llamado en ese momento especial en que salgo del quirófano y me dejo caer en un sofá.

Le pido que me explique el sentido de la cita bíblica a que aludía en uno de sus últimos *e-mails*.

—El sentido de la cita era muy claro. «Nadie que ponga las manos en el arado y mire atrás, está preparado para el reino de los cielos». Es una frase de Jesús que, como muchas otras suyas —como la de las vírgenes necias— tiene un alcance claramente oriental que la Iglesia ha camuflado. El sentido de la cita es que hay que mantenerse en el ahora. Y yo me la aplico a mí misma. Porque he pensado que posiblemente estemos los dos librando una dura negociación interna, una batalla. La mía —dice— es una batalla hacia encontrar el yo profundo, a meterme más en el ahora, en mi propia energía vital, y... es una cuestión de desapego.

—Ya.

—Es como una pequeña *rendición*. Es la entrega al momento, la desidentificación con el devenir de las cosas, la renuncia a la espera, dejar que las cosas sean. Además, ocurre que yo tengo mi corazón más disponible que el tuyo, y quiero respetar absolutamente tu espacio interior.

—Bien.

Pero percibo en su voz un deje de desaliento.

13 de enero

Vienen de Televisión Española a filmarme para un reportaje sobre la felicidad que pasarán por *Informe Semanal*. Qué manía les ha cogido con este tema. Y sin embargo, tiene su explicación. Doblada la esperanza de vida, generalizado el estado del bienestar, ¿qué más queda? Queda la insaciable condición humana. Y así la felicidad se ha convertido en el Grial de nuestra época. Les hablo del concepto hindú de *Satcitananda*, ser-conciencia-beatitud. Por menos de eso no merece la pena andar por ahí. Pero andamos por ahí. Y acabamos confundiendo la felicidad con un derecho humano.

Pasada ya la medianoche, tras un día de carraspera permanente, me siento al piano. Esta vez tengo algo real que traducir en notas musicales, una tenue exasperación. Y juraría que, por primera vez en mucho tiempo, he tocado de verdad. Tristeza y lejanía volcadas en una improvisación en fa sostenido menor. Lástima no haberlo grabado. Ha sido un inesperado brote de energía entre un montón de escombros. No era la felicidad pero sí, al menos, una pausa, una salida de esa pesadilla de ser yo.

14 de enero

Nueva conversación con Bea. Menciona ella que tiene invitados a sus padres en su casa. «Son gente mayor, mi padre acaba de cumplir ochenta y tres, que con los años se vuelven cada vez más centrípetos, y se miran más el ombligo, y se ocupan continuamente de su estado físico, y subyace el pánico a morir, aunque ellos lo nieguen».

Le pido a Bea que me dé detalles de su vida profesional.

—Acabo de hacer el segundo neonato del día. Nació con una atresia duodenal, es decir, con la luz duodenal cerrada por un tabique. Es un mongolito. Ha ido todo bien, aunque tiene una cardiopatía asociada que puso muy nervioso al anestesiista.

—Me impresiona ese contacto tuyo con una zona tan sombría del espectro humano —le digo.

—Bueno, caminamos bastante de puntillas sobre eso. Puedes sentir compasión, pero no debes llevarte el dolor contigo. Hay que mantener una cierta higiénica distancia.

—¿Y cómo va lo de tus antiguos miedos?

—Va bien. Por ejemplo, hace poco tuve que meter en quirófano a una niña con un riñón roto, lo cual supone quitar el riñón, y eran las tres de la mañana, y el ayudante era un novato, y me puse un poco nerviosa, tuve que tomarme una pastilla. Pero, salvo casos muy extremos, en general estoy perfectamente centrada y debidamente distante de los resultados.

Me cuenta Bea que dentro de unos días se va a Calpe. Le digo:

—Es que tú nunca paras.

—No, no paro. Lo que ocurre es que hay una parte de mi panorama vital de la que casi nunca te hablo. Y es que estoy estrenando vida en solitario. Sólo hace seis meses que vivo sola.

—Algo me sugeriste una vez.

—¿Recuerdas que te dije que era muy importante el momento en que había llegado aquella segunda carta tuya? El caso es que hacía pocos días que yo vivía sola.

Me explica que durante mucho tiempo compartió su vida con un hombre doce años mayor que ella, un «chicarrón donostiarra», guapo, ojos azules. «Por razones que otro día te explicaré, al final tuve que rogarle que saliera de mi vida. Y lo hizo. Sin protestar. Porque es un tipo honrado y leal».

Le pido más detalles de su historia pasada, y me cuenta que a los veintitrés años se fue a Venezuela a casarse con un novio que entonces tenía, y que al final no se casó «porque yo demoré bastante el viaje, y cuando llegué a Venezuela él había cambiado, y ya no era el europeo de izquierda tipo Martín Romaña, sino un venezolano más».

Me entero también de que la carrera de Medicina la estudió Bea en Santiago de Compostela; pidió luego plaza fuera de Galicia y se la dieron en La Fe, un gran hospital de Valencia, y allí se fue con su dos caballos, su gato y su tocadiscos; hizo la especialidad de cirugía pediátrica, tres años, y se enamoró del clima valenciano. Pero cuando terminó la especialidad no pudo quedarse en Valencia, porque su jefe la consideraba demasiado *hippy*, y entonces fue a parar a un hospital de Bilbao, y de allí volvió a Galicia, donde estuvo nueve años pasando frío, «porque soy delgada y siento mucho el frío». «Así que busqué una nueva plaza por el Mediterráneo y me la concedieron en Alicante tras ganar una oposición muy dura porque yo había estudiado mucho, y soy voluntariosa y tenaz. Y en Alicante sigo, desde hace quince años».

20 de enero

Madrugada. De nuevo el tormento de no poder dormir en la cama por causa de la carraspera. Doy una vuelta por la casa, Goyo sigue en pie. Abro la ventana, a ver si entra un poco de aire húmedo: la atmósfera está reseca por la calefacción. La radio trae música antigua, un motete de Orlando di Lasso. Leo un hermoso poema de Saint-John Perse que me ha mandado Bea «como prueba de que estoy rezando para que te cures pronto». Escribo. Escribo para ventear mis problemas. Busco inspiración en las vidas de hombres que admiro. A los quince años de edad, Bertrand Russell se convirtió en ateo, y siguió siéndolo el resto de sus días. Pregunta: ¿por qué no soy yo ateo? Ciertamente, soy anticlerical, y no me sirven las religiones institucionales, pero ateo, lo que se dice ateo, no lo soy. ¿Cómo se explica eso? Ya he hablado mucho del tema. Suelo autodefinirme como «agnóstico místico». Mi sensibilidad para la música tiene algo que ver en el asunto.

23 de enero

Esta noche permaneceré despierto hasta que me derrumbe el sueño, consumiendo strepsils, procurando no carraspear, ni rezando ni blasfemando, aunque mi malestar sea mi plegaria, la cortisona no surte efecto, esa maldita hipersensibilidad heredada de mi madre, una noche sin dormir tampoco es tan grave, pero mañana tengo asuntos que resolver, y ahora llevo un rato sin toser, rectifico, algo he tosido, una expulsión de miniflemas, y he sentido un alivio momentáneo, pero ni siquiera pruebo de meterme en cama porque sé que me levantaría al instante, leo una revista, se cumplen cien años del *annus mirabilis* de Albert Einstein, una historia muy sabida, dejaré el ordenador abierto, Picasso le explicaba a un visitante: «yo trabajo siempre, incluso cuando duermo», me gustaría poder decir: «yo también trabajo siempre, incluso cuando no duermo», Picasso pertenecía a la especie de los seres humanos que hacen una sola cosa en la vida, a mí me agradaría, al menos, concentrarme en algún tema, quizá ese tema que tanto me ronda, un programa para fin de vida.

28 de enero

Fundación Caixa Catalunya. El acto discurrió discretamente. Hablaron Serra Ramoneda, presidente de la Caixa, y Àlex Susanna, que ha substituido a Giménez-Frontín en el puesto de director de la Fundación. Jesús Mosterín y yo comentamos el número de la revista *Nexus* que trata del tema de la naturaleza humana, hasta hace poco relegada a mitologías espiritualistas. Después hubo un concierto de piano, con obras de Joan Guinjoan interpretadas por Josep M. Colom. (Guinjoan, Colom prosiguen felizmente aquella genealogía de músicos catalanes de la que tanto nos hablaba

mi madre). Al final, cuando servían un cóctel, pasé un poco de frío y sentí aprensión.

Al día siguiente fui a la consulta del doctor Magriñá, dos horas de visita, multitud de pruebas. Su diagnóstico es que lo mío es una faringolaringitis por reflujo, micosis faríngea y una obstrucción nasal junto a una discreta sinusitis. Tratando todo eso, desaparecerá la carraspera.

Pero, de momento, sigue el malestar. Y sopla el viento. Al atardecer llamo por teléfono a BK. Dice BK que estos pasados días de fiestas se sintió triste y sola, que ya no tiene a nadie que la concierna en Alemania desde la muerte de su padre, y que aquí, en España, es una desarraigada. «Sólo tengo a mis animales». Le digo que también me tiene a mí, que la sigo queriendo. BK ríe melancólicamente.

Mujeres, algunas mujeres, las voces más frecuentes en mi circuito.

A la mañana siguiente llama GG, inteligente, viva y llena de sentido común; coincide conmigo en que las declaraciones de Ramona Maneiro han degradado el tema de la muerte de Ramón Sampedro y nos pueden salpicar a todos.

JX, luego de comer en mi casa, con una mezcla de dulzura y perplejidad, me dice: «Hay cosas que, por lo visto, duran». Se refiere a «lo nuestro». Y en otro momento comenta que si viviésemos juntos me pediría que tocara el piano más a menudo. Y finalmente, pensativa y concentrada, mirando hacia el jardín, ha dicho: «No olvides que tenemos que irnos juntos». Y ha precisado: «Cuando llegue el momento, que todavía no ha llegado». Se refería, claro está, a irnos juntos al otro barrio.

Insubstituible JX. La existencia de Bea no altera para nada nuestra profunda relación. Siempre supe compatibilizar amores diversos.

Y así van pasando los días, yo deambulando con mis males, durmiendo pocas horas, forcejeando. Dicen que estamos sufriendo la ola de frío más intensa de los últimos